HISTORIA DE IBAÑEZ



(Por Eduardo Blaustein) Narciso Ibáñez intentaba comunicarse por un teléfono público cuando lo tragó la tierra. No fue una desaparición tan súbita como la expresión "Trágame tierra" podría indicar (de hecho él no pidió nada semejante) sino que desvanecerse en Villa Crespo le llevó unos veinte minutos, acaso media horita, bajo el inflamante sol de Thames y Corrientes, allí donde Narciso Ibáñez pretendía disfrutar de los nuevos y muy maravillosos locutorios instalados por Telecom.

El hombre, como todos, perdió sus primeros minutos haciendo cola y los posteriores los desperdició en el vano ensayo de emplear las distintas tarjetas de Telefónica en el aparato erróneo. Para cuando se hizo de la tarjeta correspondiente la modernidad le arrebató el teléfono y puso otro y entonces Narciso Ibáñez, ante la mirada hostil de los peatones calamitosos, se angustió progresivamente metiendo cospeles por ranuras inverosímiles. Su máximo logro fue dar en el hiperespacio con la vocecita que indica que el destino de su abonado se encuentra bloqueado y en ese momento una peligrosa cuadrilla de Edesur cavó una zanja en la vereda y Narciso cayó y hasta hoy no se sabía nada de su destino.

En la madrugada de hoy un pescador de sábalos fluorescentes, en Quilmes, dio con un mensaje de Narciso Ibáñez dentro de una botella sellada con el logo de Aguas Argentinas.

Ibáñez cuenta que los primeros dos días pudo mantenerse con vida, aunque en posición incómoda, comiendo los restos orgánicos depositados bajo el suelo de la ciudad "y algún bichito". Dice que soportó con alguna templanza esas primeras 48 horas hasta que fue notando que, conforme pasaban los subtes en dirección a Lacroze o Alem, la vibración de la tierra lo atraía más y más hacia su centro. Explica que al quinto día un espantoso temporal que se abatió sobre Buenos Aires tomó presión concentrándose en el entubamiento del arroyo Maldonado para después dispersarse por sus rajaduras en forma de marejadas de inusitada violencia subterránea, con lo que Ibáñez fue involuntariamente transportado por antiguos túneles hacia direcciones imposibles de determinar. "Al mes –cuenta en su narración– supe que me encontraba lejos de mi casa porque me encontré con unos humanoides o *morlocks* que dijeron trabajar para Edenor y no para Edesur y probaron sus palabras mostrándome un viejo manuscrito en cuya portada pude leer *Proyecto Andinia: De cómo los chilenos nos apoderaremos de la Patagonia prolongando el subte A. ¡Argentinos huevones!*"

Aquí el texto se metamorfosea en denuncia exclusiva: pone al desnudo tremebundo complot de las empresas Edenor y Metrovías y señala, no sin perspicacia, que por algo Metrovías, en su folleto inaugural, habla en primer lugar de "limpieza y vigilancia" –lo que trasunta un claro pinochetismo subliminal– para anunciar al final: "Este es el primer cambio. Pero no será el último".

El gobierno, se sabe, ya dispuso en una urgente reunión de gabinete dar con el paradero de Ibáñez. Sin embargo, las autoridades son pesimistas ya que al final de su mensaje Ibáñez dice: "He encontrado huellas de la expedición de Sakmussemm. Verne tenía razón. Viajo al centro de la Tierra".

Y añade, no se sabe si definitivamente loco o desesperado: "Por favor, estaticen el infierno. Quisiera volver a casa".

LE

toma hawk

Por José María Brindisi

"Le ofrecí un dólar, pero no quiso aceptarlo. Le ofrecí regalarle los poemas de T. S. Eliot, pero me dijo que ya los tenía."

A Mariano H.

The Long Goodbye, *Raymond Chandler*

Nadie quiere que nunca nadie venga a saludarlo cuando está en baja, porque en ese momento lo que uno necesita es un abrazo que le duela o un beso insoportablemente largo; nada más que te destrocen los huesos sin decir una palabra.

Y que alguien te dé algo que le importe perder.

Y que alguien traduzca algo de lo que pasa.

Algunas canciones religiosas.

Hermanos bailando.

Ninguna utopía: pequeños vicios haciéndote cosquillas por la noche.

Y cartas desde lejos.

Y mirar la TV debajo de varias mantas, y que alguien te alcance un café inmenso.

Y alguien en quien pensar, alguna chica que se muera por tu culo.

Nada de angustia. Ni de frenar en las esquinas, ni de olvidar lo que no se desea olvidar.

Lo único que se precisa es algo que te seque la garganta.

Y una cachetada.

Y a Muddy Waters, y a John Lee Hooker.

Y a Howlin' Wolf.

Y que todo el mundo te ame o te odie, y si no que se vaya a la mierda.

Pero que nadie venga a saludarte.

Escribí eso el verano pasado, mientras hacía lo mío, en la puerta de un baño. Fue la primera de todas las puertas, el primero de esos largos siete días en que recorrí el mundo. Trato de ser claro: no me moví de Berlín. No lo hice, pero la sensación que tuve era que las estaciones llegaban y se quedaban por años; esa quietud, esa imposibilidad de moverme hasta que llegara mi amigo, me había sumergido en un sopor y en un abatimiento tales que creí visitar todos los lugares y excavar todas las tumbas del planeta, aunque sólo estuve inmóvil en Berlín. Pero cualquiera que haya estado en esa ciudad más de dos días conoce todo el mundo y, aunque no lo sepa, se irá de Berlín sin saber absolutamente nada, porque el conocimiento no hace otra cosa que multiplicar las dudas, y cuando uno sabe sólo quiere saber un poco más, así hasta el delirio, y deberías tratar de olvidar todas esas cosas si alguna vez vas a Berlín, o de lo contrario despedirte de tu alma.

Yo todavía tenía la mía, aquella tarde, cuando faltaba una semana para que Lalo volviera. Parecía que Berlín estaba a punto de estallar, y sin embargo nada se movía.

Tengo frente a mí la foto de la *Fernsehenturm*. La veo y recuerdo todo. El tiempo no ha pasado, porque con sólo mirarla mi cuerpo se estremece. Después del estremecimiento viene el miedo, y luego el aumento de los latidos, como si esa torre fantasmal simbolizara todos mis temores. Todavía siento el frío en la garganta. Mis manos congeladas en el tren a Viena, tratando de dar vuelta inútilmente las páginas de un diario; el temor a quedarme dormido y volver a soñar con la misma imagen.

Todo pasó en Berlín, hace casi un año. Era el mes de enero, y yo jamás había imaginado un invierno tan duro como ése. Lalo y yo veníamos de Bremen. Habíamos tenido un pequeño problema con la policía, así que él había tomado un avión a Hamburgo en busca de un pariente que era juez y que se había transformado en nuestra única esperanza de seguir en Europa. Preferí esperarlo en Berlín, pero cuando llegué mi ánimo se derrumbó: apenas la vi, supe que era el centro del mundo. Supe que allí sucedía todo y todo se decidía.

Apenas llegué, Berlín me sacudió y me tomó para sí misma. No tuve que caminar demasiado para saberlo: la extraña belleza que me atraía con locura, al mismo tiempo, era lo que me desgarraba y me producía esa furiosa sensación de vacío. Todo lo que te salva a la vez te crucifica. Tuve la certeza, por fin, de que allí encontraría una de las dos formas definitivas: la muerte o la redención.

Buscando mi redención, entonces, y no mi muerte, fue cuando aquella primera mañana me crucé con la torre. No me crucé, sino más bien choqué con ella. Me produjo una enorme tristeza, y de alguna forma insólita la asocié con la guerra. De hecho, no tenía nada que ver; era la torre de la televisión y había sido construida a fines de los 60. Pero me dije que quizá toda la ciudad estaba poblada y abatida por ese clima, por esa espesa niebla que ya a primera vista percibía sobre las cabezas y los corazones de su gente. Más tarde supe que eso era cierto, pero que sólo era una de sus facetas. En Berlín nadie es extranjero, o al menos nadie se siente como un turista. Mezclás tus colores automáticamente con los suyos, perdés tu identidad para encontrarla en cualquier momento y volver a lanzarla, furioso, contra alguna oscura pared. Para mí, Berlín es olvidarme de todo y ver todo violeta, observar el día a través de ese color indefinible en el que todo se transforma y toma una apariencia de sueños violentos.

Berlín es la torre, la *Fernsehenturm*, una foto de trescientos y pico de metros. Aquél día, muerto de miedo, tomé la foto como si fuera un antídoto, para después enfrentarla y vencerla en la serenidad de un terreno conocido. Tomé esa foto cuando mi ánimo no estaba para fotos, y sin embargo lo hice. Tenía una razón para sacarla, y también la tuve cuando saqué la otra foto. Pero de eso ya voy a hablar.

Me dispuse a recorrer toda la ciudad, y así lo hice. Fui casi todo el tiempo a pie, tomando sólo excepcionalmente algún travía. Por supuesto que el recorrido fue agotador, y durante el resto de los días no volví a hacer nada que se le pareciera. La noche me atrapó cerca del *Zoo garten*. Mi hotel estaba cerca y decidí comer en un lugar que finalmente resultó demasiado ruidoso. Estaba bastante nervioso, tenía miedo. Necesitaba pensar. Presentía que íbamos a tener que quedarnos un largo tiempo en Alemania, nada más que por no habernos cuidado mejor. Los dos lo sabíamos, y así y todo nos portamos como dos idiotas. "Un juicio por menos de diez gramos", pensaba. Deseaba que todo se solucionara pronto, pero no podía evitar ese constante estado de alarma que me impedía mantener el pulso.

Después, quizá con el efecto de algunas copas de vino, dejé crecer muy dentro un cierto optimismo, y en forma desesperada me aferré a él. Me dije que no estaba tan mal, que si pasaba algo de eso vivir en Berlín sería una buena experiencia. Los jóvenes... Nunca había visto nada igual. En otras circunstancias no habría querido irme nunca de allí.

Me había dejado fascinar, sin duda, por un lugar al que nunca se podría terminar de recorrer o comprender con certeza alguna. Sin embargo, estaba ahí, comiendo frente a la estación del Zoo y totalmente desnudo, diciéndome a mí mismo toda clase de cosas, cuando supe que mi única salida era empezar a *bailar*. Todos saben, sin duda, que las ciudades tienen su propia religión: se la aprende o se la sufre.

El segundo día no se asemejó en nada al anterior. Tomé el metro en el Zoo con la intención de ir al lugar donde había estado el Muro. Me bajé en alguna estación anterior y luego tomé una diagonal para llegar a *Potsdamer Platz*. Después fui hasta la *Puerta de Brandenburg* y me detuve allí a observar las dos ciudades. Hacia mi derecha estaba la del Este, abriéndose paso a través de un camino rodeado de árboles. La avenida 17 de Junio desembarcaba, allá a lo lejos, en un paisaje totalmente diferente, llegando hasta el centro mismo de la poderosa Berlín occidental. Me senté mirando hacia allí, sabiendo perfectamente que pasaría todos mis otros días en el Este. Como si quisiera despedirme, me quedé mirando la avenida 17 de Junio como un imbécil, dándole la espalda a la ciudad más bella y dolorosa de todas las que han sido creadas por el hombre. "Un día como hoy –me dije– clavaron al hijo de Dios." Qué tipo de pensamiento era ése. No estaba en Roma, sino en Berlín. Pero imaginé a Cristo haciendo penosamente ese camino, rodeado de todos sus hermanos, llegando hasta allí para ser crucificado en las *ruinas* de lo que había sido un muro. Imaginé a todos desconcertados, buscando una respuesta. Vi al hijo de Dios mirarme suave y calladamente a los ojos, preguntándome dónde. Le pedí ayuda al Padre, pero no escuché nada. Le rogué que me diera una señal. Después dije en voz baja: no soy el *Bautista*, Dios, y no soy Judas; yo no soy Pilatos, Señor, no soy ese tipo de mierda, pero tampoco yo voy a matar a tu hijo.

Di media vuelta y *entré en Berlín*. Pero en seguida perdí el valor. Por la primera calle me desvié a la izquierda, hacia el río. Estuve ahí un largo rato antes de volver a la parte occidental. Anduve ciegamente por un lado y por otro, parando a comer una hamburguesa o a hacer alguna averiguación sobre un curso de cine. Hablaba con la gente sin ningún interés, reptando por esas calles a una hora en que extrañamente todos parecían dormir el mismo y placentero sueño. Preguntaba cualquier cosa, nada más preguntaba como un autómata.

Me movía, pero siempre estaba en el mismo lugar: parado, inmóvil, temblando y transpirando frío frente a la torre.

Al tercer día conocí la otra torre. Me había levantado a eso de las once, y después de almorzar en el hotel tomé un par de calmantes. Volví a despertarme a media tarde, cuando el día se había nublado sin remedio. Soporté toda clase de vendedores que querían venderme hasta su casa. Por un momento creí estar en Marruecos, pero por supuesto no era así: detrás de un siniestro edificio de forma hexagonal (de esos que por fuera tienen todo como si fueran rejillas; dos por lado), aquella torre del infierno me aniquiló por completo. En realidad no era una torre, sino las ruinas de alguna vieja catedral, parcialmente destruida por los bombardeos de la Segunda Guerra. Estaba sólo a unas cuadras del hotel, muy cerca del Zoo, yde casualidad había llevado mi cámara encima. Fue mi segunda y última foto de Berlín. Después (después de la pesadilla) supe que tenía algo que ver con el emperador Guillermo. Veo la foto ahora y trato de no olvidar nada. La entrada del metro, un hombre que pasa en mangas de camisa, alguna gente sentada más allá, el horrible edificio, en primer término, y atrás la catedral. La piedra ha sido corroída por la mano y el deseo del hombre. Han crecido algunos árboles que tratan de colarse por entre sus arcos. Todo está vacío y triste y falto de sentido. La cúpula ha sido devastada sin ningún pudor. Pienso en Schwechten, el que la *construyó*. Pienso en él, y por primera vez noto los dos detalles: a un costado, un camión tiene un cartel en español que dice "casa de frutas". En la catedral, apuntando hacia el cielo y hacia la tierra para que nadie lo olvide, un reloj roto marca, apenas, unos segundos más de las diez y cuarto.

Al cuarto día empecé a pensar que Lalo ya no vendría. Pasé todo el tiempo dándome vuelta, creyendo que alguien me acechaba y seguía mi rastro como un sabueso. No hice otra cosa que sentir pánico y estar demasiado triste. Para colmo, sin darme cuenta llegué hasta el cementerio. Me quedé allí; sin embargo, el lugar era agradable y me puse a buscar algún nombre que me sonara. Reparé en uno muy extraño, que casi seguro no podía ser alemán: *Benmont Rees*. Después estuve en el *Spree*, en la parte más alejada de la ciudad, donde las aguas también parecen ser más calmas. Ese río me fascinaba, y quizá fue esa fascinación la que trajo un poco de paz a mi alma.

Antes de volver al hotel y encerrarme el resto del día, me detuve a tomar algo en un bar. Algo que me calentara las tripas. Antes de irme, pasé por el baño y escribí:

"*Benmont Rees*: no te conozco. No sé quién sos, idiota, no sé ni siquiera de qué parte de l

Su libro de relatos –"Permanece oro"– resultó elegido ganador por un jurado compuesto por tres cuentistas reconocidos como maestros de la forma (Silvia Iparaguirre, Liliana Heker y Vicente Batista) y será editado por Sudamericana. De allí sale el cuento que aquí se presenta y que responde a una estética e intenciones que –en las palabras de Brindisi en los filos del fin de año pasado– tienen que ver con que "me gusta que se note que tengo veintitrés años en el '93, así como me gusta que de Scott Fitzgerald se note que vivía en los 30". Fiel a su época, Brindisi comanda un par de talleres literarios, una banda de rock llamada Los Cuarenta Principales y se encuentra abocado a la escritura de una novela llamada "Berlín" en honor a Lou Reed.

toma hawk

Por José María Brindisi

"Le ofrecí un dólar, pero no quiso aceptarlo. Le ofrecí regalarle los poemas de T. S. Eliot, pero me dijo que ya los tenía."

A Mariano H.

The Long Goodbye, *Raymond Chandler*

Nadie quiere que nunca nadie venga a saludarlo cuando está en baja, porque en ese momento lo que uno necesita es un abrazo que le duela o un beso insoportablemente largo; nada más que te destrocen los huesos sin decir una palabra.

Y que alguien te dé algo que le importe perder.

Y que alguien traduzca algo de lo que pasa.

Algunas canciones religiosas.

Hermanos bailando.

Ninguna utopía: pequeños vicios haciéndote cosquillas por la noche.

Y cartas desde lejos.

Y mirar la TV debajo de varias mantas, y que alguien te alcance un café inmenso.

Y alguien en quien pensar, alguna chica que se muera por tu culo.

Nada de angustia. Ni de frenar en las esquinas, ni de olvidar lo que no se desea olvidar.

Lo único que se precisa es algo que te seque la garganta.

Y una cachetada.

Y a Muddy Waters, y a John Lee Hooker.

Y a Howlin' Wolf.

Y que todo el mundo te ame o te odie, y si no que se vaya a la mierda.

Pero que nadie venga a saludarte.

Escribí eso el verano pasado, mientras hacía lo mío, en la puerta de un baño. Fue la primera de todas las puertas, el primero de esos largos siete días en que recorrí el mundo. Trato de ser claro: no me moví de Berlín. No lo hice, pero la sensación que tuve era que las estaciones llegaban y se quedaban por años; esa quietud, esa imposibilidad de moverme hasta que llegara mi amigo, me había sumergido en un sopor y en un abatimiento tales que creí visitar todos los lugares y excavar todas las tumbas del planeta, aunque sólo estuve inmóvil en Berlín. Pero cualquiera que haya estado en esa ciudad más de dos días conoce todo el mundo y, aunque no lo sepa, se irá de Berlín sin saber absolutamente nada, porque el conocimiento no hace otra cosa que multiplicar las dudas, y cuando uno sabe sólo quiere saber un poco más, así hasta el delirio, y deberías tratar de olvidar todas esas cosas si alguna vez vas a Berlín, o de lo contrario despedirte de tu alma.

Yo todavía tenía la mía, aquella tarde, cuando faltaba una semana para que Lalo volviera. Parecía que Berlín estaba a punto de estallar, y sin embargo nada se movía.

Tengo frente a mí la foto de la *Fernsehenturm*. La veo y recuerdo todo. El tiempo no ha pasado, porque con sólo mirarla mi cuerpo se estremece. Después del estremecimiento viene el miedo, y luego el aumento de los latidos, como si esa torre fantasmal simbolizara todos mis temores. Todavía siento el frío en la garganta. Mis manos congeladas en el tren a Viena, tratando de dar vuelta inútilmente las páginas de un diario; el temor a quedarme dormido y volver a soñar con la misma imagen.

Todo pasó en Berlín, hace casi un año. Era el mes de enero, y yo jamás había imaginado un invierno tan duro como ése. Lalo y yo veníamos de Bremen. Habíamos tenido un pequeño problema con la policía, así que él había tomado un avión a Hamburgo en busca de un pariente que era juez y que se había transformado en nuestra única esperanza de seguir en Europa. Preferí esperarlo en Berlín, pero cuando llegué mi ánimo se derrumbó: apenas la vi, supe que era el centro del mundo. Supe que allí sucedía todo y todo se decidía.

Apenas llegué, Berlín me sacudió y me tomó para sí misma. No tuve que caminar demasiado para saberlo: la extraña belleza que me atraía con locura, al mismo tiempo, era lo que me desgarraba y me producía esa furiosa sensación de vacío. Todo lo que te salva a la vez te crucifica. Tuve la certeza, por fin, de que allí encontraría una de las dos formas definitivas: la muerte o la redención.

Buscando mi redención, entonces, y no mi muerte, fue cuando aquella primera mañana me crucé con la torre. No me crucé, sino más bien choqué con ella. Me produjo una enorme tristeza, y de alguna forma insólita la asocié con la guerra. De hecho, no tenía nada que ver; era la torre de la televisión y había sido construida a fines de los 60. Pero me dije que quizá toda la ciudad estaba poblada y abatida por ese clima, por esa espesa niebla que ya a primera vista percibía sobre las cabezas y los corazones de su gente. Más tarde supe que eso era cierto, pero que sólo era una de sus facetas. En Berlín nadie es extranjero, o al menos nadie se siente como un turista. Mezclás tus colores automáticamente con los suyos, perdés tu identidad para encontrarla en cualquier momento y volver a lanzarla, furioso, contra alguna oscura pared. Para mí, Berlín es olvidarme de todo y ver todo violeta, observar el día a través de ese color indefinible en el que todo se transforma y toma una apariencia de sueños violentos.

Berlín es la torre, la *Fernsehenturm*, una foto de trescientos y pico de metros. Aquél día, muerto de miedo, tomé la foto como si fuera un antídoto, para después enfrentarla y vencerla en la serenidad de un terreno conocido. Tomé esa foto cuando mi ánimo no estaba para fotos, y sin embargo lo hice. Tenía una razón para sacarla, y también la tuve cuando saqué la otra foto. Pero de eso ya voy a hablar.

Me dispuse a recorrer toda la ciudad, y así lo hice. Fui casi todo el tiempo a pie, tomando sólo excepcionalmente algún travía. Por supuesto que el recorrido fue agotador, y durante el resto de los días no volví a hacer nada que se le pareciera. La noche me atrapó cerca del *Zoo garten*. Mi hotel estaba cerca y decidí comer en un lugar que finalmente resultó demasiado ruidoso. Estaba bastante nervioso, tenía miedo. Necesitaba pensar. Presentía que íbamos a tener que quedarnos un largo tiempo en Alemania, nada más que por no habernos cuidado mejor. Los dos lo sabíamos, y así y todo nos portamos como dos idiotas. "Un juicio por menos de diez gramos", pensaba. Deseaba que todo se solucionara pronto, pero no podía evitar ese constante estado de alarma que me impedía mantener el pulso.

Después, quizá con el efecto de algunas copas de vino, dejé crecer muy dentro un cierto optimismo, y en forma desesperada me aferré a él. Me dije que no estaba tan mal, que si pasaba algo de eso vivir en Berlín sería una buena experiencia. Los jóvenes... Nunca había visto nada igual. En otras circunstancias no habría querido irme nunca de allí.

Me había dejado fascinar, sin duda, por un lugar al que nunca se podría terminar de recorrer o comprender con certeza alguna. Sin embargo, estaba ahí, comiendo frente a la estación del Zoo y totalmente desnudo, diciéndome a mí mismo toda clase de cosas, cuando supe que mi única salida era empezar a *bailar*. Todos saben, sin duda, que las ciudades tienen su propia religión: se la aprende o se la sufre.

El segundo día no se asemejó en nada al anterior. Tomé el metro en el Zoo con la intención de ir al lugar donde había estado el Muro. Me bajé en alguna estación anterior y luego tomé una diagonal para llegar a *Potsdamer Platz*. Después fui hasta la *Puerta de Brandenburg* y me detuve allí a observar las dos ciudades. Hacia mi derecha estaba la del Este, abriéndose paso a través de un camino rodeado de árboles. La avenida 17 de Junio desembarcaba, allá a lo lejos, en un paisaje totalmente diferente, llegando hasta el centro mismo de la poderosa Berlín occidental. Me senté mirando hacia allí, sabiendo perfectamente que pasaría todos mis otros días en el Este. Como si quisiera despedirme, me quedé mirando la avenida 17 de Junio como un imbécil, dándole la espalda a la ciudad más bella y dolorosa de todas las que han sido creadas por el hombre. "Un día como hoy –me dije– clavaron al hijo de Dios." Qué tipo de pensamiento era ése. No estaba en Roma, sino en Berlín. Pero imaginé a Cristo haciendo penosamente ese camino, rodeado de todos sus hermanos, llegando hasta allí para ser crucificado en las *ruinas* de lo que había sido un muro. Imaginé a todos desconcertados, buscando una respuesta. Vi al hijo de Dios mirarme suave y calladamente a los ojos, preguntándome dónde. Le pedí ayuda al Padre, pero no escuché nada. Le rogué que me diera una señal. Después dije en voz baja: no soy el *Bautista*, Dios, y no soy Judas; yo no soy Pilatos, Señor, no soy ese tipo de mierda, pero tampoco yo voy a matar a tu hijo.

Di media vuelta y *entré en Berlín*. Pero en seguida perdí el valor. Por la primera calle me desvié a la izquierda, hacia el río. Estuve ahí un largo rato antes de volver a la parte occidental. Anduve ciegamente por un lado y por otro, parando a comer una hamburguesa o a hacer alguna averiguación sobre un curso de cine. Hablaba con la gente sin ningún interés, reptando por esas calles a una hora en que extrañamente todos parecían dormir el mismo y placentero sueño. Preguntaba cualquier cosa, nada más preguntaba como un autómata.

Me movía, pero siempre estaba en el mismo lugar: parado, inmóvil, temblando y transpirando frío frente a la torre.

Al tercer día conocí la otra torre. Me había levantado a eso de las once, y después de almorzar en el hotel tomé un par de calmantes. Volví a despertarme a media tarde, cuando el día se había nublado sin remedio. Soporté toda clase de vendedores que querían venderme hasta su casa. Por un momento creí estar en Marruecos, pero por supuesto no era así: detrás de un siniestro edificio de forma hexagonal (de esos que por fuera tienen todo como si fueran rejillas; dos por lado), aquella torre del infierno me aniquiló por completo. En realidad no era una torre, sino las ruinas de alguna vieja catedral, parcialmente destruida por los bombardeos de la Segunda Guerra. Estaba sólo a unas cuadras del hotel, muy cerca del Zoo, yde casualidad había llevado mi cámara encima. Fue mi segunda y última foto de Berlín. Después (después de la pesadilla) supe que tenía algo que ver con el emperador Guillermo. Veo la foto ahora y trato de no olvidar nada. La entrada del metro, un hombre que pasa en mangas de camisa, alguna gente sentada más allá, el horrible edificio, en primer término, y atrás la catedral. La piedra ha sido corroída por la mano y el deseo del hombre. Han crecido algunos árboles que tratan de colarse por entre sus arcos. Todo está vacío y triste y falto de sentido. La cúpula ha sido devastada sin ningún pudor. Pienso en Schwechten, el que la *construyó*. Pienso en él, y por primera vez noto los dos detalles: a un costado, un camión tiene un cartel en español que dice "casa de frutas". En la catedral, apuntando hacia el cielo y hacia la tierra para que nadie lo olvide, un reloj roto marca, apenas, unos segundos más de las diez y cuarto.

Al cuarto día empecé a pensar que Lalo ya no vendría. Pasé todo el tiempo dándome vuelta, creyendo que alguien me acechaba y seguía mi rastro como un sabueso. No hice otra cosa que sentir pánico y estar demasiado triste. Para colmo, sin darme cuenta llegué hasta el cementerio. Me quedé allí; sin embargo, el lugar era agradable y me puse a buscar algún nombre que me sonara. Reparé en uno muy extraño, que casi seguro no podía ser alemán: *Benmont Rees*. Después estuve en el *Spree*, en la parte más alejada de la ciudad, donde las aguas también parecen ser más calmas. Ese río me fascinaba, y quizá fue esa fascinación la que trajo un poco de paz a mi alma.

Antes de volver al hotel y encerrarme el resto del día, me detuve a tomar algo en un bar. Algo que me calentara las tripas. Antes de irme, pasé por el baño y escribí:

"*Benmont Rees*: no te conozco. No sé quién sos, idiota, no sé ni siquiera de qué parte de la mierda de tu madre saliste. Nunca nadie te va a ir a visitar. Solamente yo, para recordarte que estás muerto".

El quinto día lo pasé en el Este. *Marx-Engels Platz* estaba atestada de gente; cientos de chicos corrían de un lado a otro, haciendo gritar a sus madres como si fuera el día del juicio. Todo eso me ponía un poco nervioso, pero no podía o no quería irme. En medio de toda esa multitud me sentía más seguro, como si allí no pudieran encontrarme. De pronto, junto a mí, una chica con uniforme de colegio se sentó y empezó a sacar toda clase de papeles y lápices para dibujar. Ostentosamente, apoyándose en una carpeta, simulaba estar bocetando uno de los puentes; pero no podía engañarme. Yo mismo estaba *huyendo*, y ella no iba a engañarme. Quizá lo notó, porque a los pocos minutos se fue, intentando parecer tranquila, pero yo sabía toda la verdad como si ella misma me la hubiera contado.

Por la noche (la noche más fría de la historia) volví a encontrármela. Era una calle repleta de bares: toda la gente bailando y pasándote por al lado, cambiándose de un lugar a otro y encontrándose con amigos. Tal vez la reconocí por eso: como yo, estaba sola y sentada en un rincón, hablándose a sí misma en voz baja y (me pareció) tratando de contener el llanto. No dudé en acercarme, pero ella salió corriendo apenas me vio.

La tercera vez fue en el muelle. Apenas escuché los sollozos, presentí y deseé que se tratara de ella. Era la única persona que conocía en Berlín, y no iba a dejarla ir.

Pensé que tal vez lo mejor era decirle algo. Era demasiado tarde y la veía tan quieta y sola y asustada y ni siquiera sabía en qué idioma hablaba.

Así que me acerqué y la invité a escuchar mi radio. No se movió, y hasta aceptó con algo de ternura que le tomara la mano. Nos quedamos durante horas escuchando una serie de temas que jamás recordaría, pero que en ese momento me hicieron sentir bien.

Ella me preguntó si estaba solo. Le dije que sí. Nos cubrimos con mi abrigo y prometimos ir a tomar café cuando amaneciera. Disfrutamos una canción de *Elvis Costello* como si llevara para los dos algún viejo recuerdo. Nos acurrucamos en el hilo de la noche como dos fugitivos. Yo le mostré la herida que tenía en la pierna y después traté de impresionarla con la cicatriz del labio. Le hablé casi una vida de las cosas que me gustaba cocinar. Le convidé un cigarrillo. Lo fumamos a medias, y yo logré dormir media hora apoyado en su hombro hasta que me despertó el primer reflejo del sol.

Entonces fue cuando ella me contó de su hijo.

La llevé a mi cuarto y estuve toda la tarde escuchándola. De vez en cuando lloraba e interrumpía su relato, toda esa historia tan triste que me había contado, lentamente, para que yo pudiera seguir su inglés que era mucho mejor que el mío. Después comimos algo y yo me fui a dar un paseo cerca del Zoo, quizá buscando la torre pero sin querer encontrarla. Me senté tranquilamente en un bar a pensar en todo aquello. Pedí una gaseosa. La disfruté a cada sorbo, intentando retener su sabor como jamás lo había hecho.

Me dije que el inesperado encuentro con la chica era lo mejor que me había podido pasar, porque casi me había olvidado de mis propios problemas. Además faltaban sólo dos días para que Lalo volviera y me sentía capaz de sobrevivir sin pensar en el suicidio.

Fui al baño y tuve que esperar que un par de *punks* salieran arrastrándose para poder dedicarme a escribir. Pero me di cuenta de que no tenía con qué hacerlo. Así que saqué mi navaja y con mucho esfuerzo pude tatuar: "*Benmont Rees:* nacido en combate".

Estábamos durmiendo. Habíamos dormido abrazados durante toda la noche (como queriendo refugiarnos de algo) hasta que me despertó el sonido lejano de una radio. Todavía era de noche. Me paré despacio, haciendo movimientos cortos y suaves para que ella no se despertara (para no interrumpir lo que estaba soñando). Fui hasta la ventana: apenas lo sentía. Busqué en vano una luz prendida; pensé en ese tipo que no podía dormir y que ahora se avalanzaba desesperado en la curva de la noche pidiendo una señal: imaginé su cuarto o quinto cigarrillo, lo imaginé temblando en la oscuridad, rogándole a Dios que el día no lo encontrara así, con los ojos abiertos y vigilando una pared. Dibujé mentalmente la habitación; imaginé el único rincón habitable y la silla sobre la que estaba acurrucado, junto a la radio que susurraba algo incomprensible y lejano.

Hasta que el volumen subió de pronto. Era Bob Dylan. Desde alguna parte cantaba su *Watchtower* como si todavía alguien creyera en algo: había llegado para salvarnos.

Después de un rato, cuando la canción había terminado y ya no se escuchaba nada, pensé (en realidad recordé, porque los pensamientos acuden casi siempre a la memoria y no al razonamiento puro), en esa antigua "tradición", en esa vieja idea que Proust y Nabokov relataron como nadie (porque comprendieron el cuerpo real que adopta la angustia y la verdadera forma de la belleza que se halla en el dolor), que habla de lo efímero y terrible de esos escasos momentos de tranquilidad y bienestar que llamamos con el nombre de "felicidad", y no hacen otra cosa que anticipar, o más bien aumentar, la tristeza que vendrá después o, mejor dicho, no hacen otra cosa que poner en claro la diferencia entre esos instantes y el resto de la vida. Un segundo de alegría, la desesperada acción de intentar retener esa leve sensación durante todo el tiempo posible, no hace más que recordarnos lo desgraciadas que son nuestras vidas.

Esos momentos en que obtenemos algo, entonces, y creemos que son los únicos que vale la pena vivir, son, precisamente, los que nos robarán luego la carne y la sangre, los que nos recordarán sin piedad lo cercana que está la muerte todo el tiempo, susurrándonos al oído, aullando infinitamente sobre la conciencia, cortándonos el sueño y silbando, lenta y pausadamente, la misma melodía.

Empecé a sentir frío. Tuve miedo de alguna cosa y por un instante pensé que era una hormiga. Que cualquiera podría venir y pisarme simplementeporque le molestaba, o porque no me había visto. Busqué la luz: traté de escuchar otra vez el sonido de la radio.

Quise recordar en qué lugar estaba, en qué ciudad del fin del mundo.

Oscuro paraíso donde se muere de a sorbos.

Volví a la cama y me tapé hasta el cuello. La abracé y escondí mi cabeza debajo de la suya. Rodeé mi espalda con su brazo. Cerré los ojos. Le pedí muy dulcemente, en el oído, que no se moviera de esa posición en diez o quince años.

Lo importante es encontrar el tono. La manera en que las cosas suceden en nuestros ojos. La mirada personal. Después solamente hay que narrar la vida.

En eso pensé, y así traté de contarle todo a Lalo en el tren a Viena, todo lo que pasó el último día.

Apenas me desperté fui a desayunar. Lo hice solo, porque ella seguía durmiendo. No conté las horas, por supuesto, pero daba la sensación de que llevaba una semana sin dormir. Después, mientras caminaba, se me ocurrió que en realidad es lo que hacen todas las chicas que están tristes y deprimidas y que se han ido de sus casas. Pensé en eso y volví al hotel, con algo de culpa por haberla dejado sola. La encontré llorando, con el maquillaje que le quedaba todo corrido, y cuando entré en seguida vino y me abrazó como si fuera su padre. Apenas era un poco mayor que ella, pero no sé por qué maldita razón creyó que yo era más fuerte, o que podía soportar las cosas de otra manera. Pero quizás así fue.

Logré que dejara de llorar, pero todo el tiempo me decía cosas como "no puedo más" o "si vuelvo me van a internar". La abracé fuerte, traté de cantarle algo, le inventé dos mil historias sobre Lalo, dejándolo como un estúpido nada más que para que ella se riera. No hizo efecto, y otra vez se puso a llorar como si el mundo se hubiera acabado. Yo me volví loco, y mis propios nervios me traicionaron para siempre. No podía soportarla más, y empezaba a angustiarme tanto yo mismo que tuve que huir a la calle.

No sé dónde estuve, y cuando volví ya era tarde. Muy tarde, porque no sólo estaba toda la habitación "inundada" en sangre, sino que sus ojos estaban abiertos. Como un demente, me insulté a mí mismo por haber dejado mi navaja a su alcance hasta que casi me quiebro del dolor. Después junté rápidamente lo que tenía a la vista y bajé las escaleras. *Pagué la cuenta y salí a Berlín.*

Entré a un baño y escribí desesperado: *Benmont Rees: estás bien muerto, tu madre está muerta y ahora yo voy a matar a tu hijo.* Después entré a otro cerca de la estación: *Berlín está muerta, igual que todos sus habitantes.* Luego a otro y otro y otro, hasta que llegué a uno y encontré las palabras que me redimieron:

"Todo lo que huele a mierda
huele a ser.
¿Es Dios un ser?
Si lo es, es una mierda.
Si no lo es,
no existe".

Me puse a pensar en su nombre, pero no lo sabía. Después observé con ternura y apasionamiento las calles de la ciudad. No estaba tan mal, me dije, para no recibir ninguna ayuda de Dios.

Me agaché y besé el suelo. Volví a pararme y traté de no pensar. Después de eso le regalé mi alma a Berlín.

Su libro de relatos –"Permanece oro"– resultó elegido ganador por un jurado compuesto por tres cuentistas reconocidos como maestros de la forma (Silvia Iparaguirre, Liliana Heker y Vicente Batista) y será editado por Sudamericana. De allí sale el cuento que aquí se presenta y que responde a una estética e intenciones que –en las palabras de Brindisi en los filos del fin de año pasado– tienen que ver con que "me gusta que se note que tengo veintitrés años en el '93, así como me gusta que de Scott Fitzgerald se note que vivía en los 30". Fiel a su época, Brindisi comanda un par de talleres literarios, una banda de rock llamada Los Cuarenta Principales y se encuentra abocado a la escritura de una novela llamada "Berlín" en honor a Lou Reed.



mierda de tu madre saliste. Nunca nadie te va a ir a visitar. Solamente yo, para recordarte que estás muerto".

El quinto día lo pasé en el Este. *Marx-Engels Platz* estaba atestada de gente; cientos de chicos corrían de un lado a otro, haciendo gritar a sus madres como si fuera el día del juicio. Todo eso me ponía un poco nervioso, pero no podía o no quería irme. En medio de toda esa multitud me sentía más seguro, como si allí no pudieran encontrarme. De pronto, junto a mí, una chica con uniforme de colegio se sentó y empezó a sacar toda clase de papeles y lápices para dibujar. Ostentosamente, apoyándose en una carpeta, simulaba estar bocetando uno de los puentes; pero no podía engañarme. Yo mismo estaba *huyendo*, y ella no iba a engañarme. Quizá lo notó, porque a los pocos minutos se fue, intentando parecer tranquila, pero yo sabía toda la verdad como si ella misma me la hubiera contado.

Por la noche (la noche más fría de la historia) volví a encontrármela. Era una calle repleta de bares: toda la gente bailando y pasándote por al lado, cambiándose de un lugar a otro y encontrándose con amigos. Tal vez la reconocí por eso: como yo, estaba sola y sentada en un rincón, hablándose a sí misma en voz baja y (me pareció) tratando de contener el llanto. No dudé en acercarme, pero ella salió corriendo apenas me vio.

La tercera vez fue en el muelle. Apenas escuché los sollozos, presentí y deseé que se tratara de ella. Era la única persona que conocía en Berlín, y no iba a dejarla ir.

Pensé que tal vez lo mejor era decirle algo. Era demasiado tarde y la veía tan quieta y sola y asustada y ni siquiera sabía en qué idioma hablaba.

Así que me acerqué y la invité a escuchar mi radio. No se movió, y hasta aceptó con algo de ternura que le tomara la mano. Nos quedamos durante horas escuchando una serie de temas que jamás recordaría, pero que en ese momento me hicieron sentir bien.

Ella me preguntó si estaba solo. Le dije que sí. Nos cubrimos con mi abrigo y prometimos ir a tomar café cuando amaneciera. Disfrutamos una canción de *Elvis Costello* como si llevara para los dos algún viejo recuerdo. Nos acurrucamos en el hilo de la noche como dos fugitivos. Yo le mostré la herida que tenía en la pierna y después traté de impresionarla con la cicatriz del labio. Le hablé casi una vida de las cosas que me gustaba cocinar. Le convidé un cigarrillo. Lo fumamos a medias, y yo logré dormir media hora apoyado en su hombro hasta que me despertó el primer reflejo del sol.

Entonces fue cuando ella me contó de su hijo.

La llevé a mi cuarto y estuve toda la tarde escuchándola. De vez en cuando lloraba e interrumpía su relato, toda esa historia tan triste que me había contado, lentamente, para que yo pudiera seguir su inglés que era mucho mejor que el mío. Después comimos algo y yo me fui a dar un paseo cerca del Zoo, quizá buscando la torre pero sin querer encontrarla. Me senté tranquilamente en un bar a pensar en todo aquello. Pedí una gaseosa. La disfruté a cada sorbo, intentando retener su sabor como jamás lo había hecho.

Me dije que el inesperado encuentro con la chica era lo mejor que me había podido pasar, porque casi me había olvidado de mis propios problemas. Además faltaban sólo dos días para que Lalo volviera y me sentía capaz de sobrevivir sin pensar en el suicidio.

Fui al baño y tuve que esperar que un par de *punks* salieran arrastrándose para poder dedicarme a escribir. Pero me di cuenta de que no tenía con qué hacerlo. Así que saqué mi navaja y con mucho esfuerzo pude tatuar: *"Benmont Rees:* nacido en combate".

Estábamos durmiendo. Habíamos dormido abrazados durante toda la noche (como queriendo refugiarnos de algo) hasta que me despertó el sonido lejano de una radio. Todavía era de noche. Me paré despacio, haciendo movimientos cortos y suaves para que ella no se despertara (para no interrumpir lo que estaba soñando). Fui hasta la ventana: apenas lo sentía. Busqué en vano una luz prendida; pensé en ese tipo que no podía dormir y que ahora se avalanzaba desesperado en la curva de la noche pidiendo una señal: imaginé su cuarto o quinto cigarrillo, lo imaginé temblando en la oscuridad, rogándole a Dios que el día no lo encontrara así, con los ojos abiertos y vigilando una pared. Dibujé mentalmente la habitación; imaginé el único rincón habitable y la silla sobre la que estaba acurrucado, junto a la radio que susurraba algo incomprensible y lejano.

Hasta que el volumen subió de pronto. Era Bob Dylan. Desde alguna parte cantaba su *Watchtower* como si todavía alguien creyera en algo: había llegado para salvarnos.

Después de un rato, cuando la canción había terminado y ya no se escuchaba nada, pensé (en realidad recordé, porque los pensamientos acuden casi siempre a la memoria y no al razonamiento puro), en esa antigua "tradición", en esa vieja idea que Proust y Nabokov relataron como nadie (porque comprendieron el cuerpo real que adopta la angustia y la verdadera forma de la belleza que se halla en el dolor), que habla de lo efímero y terrible de esos escasos momentos de tranquilidad y bienestar que llamamos con el nombre de "felicidad", y no hacen otra cosa que anticipar, o más bien aumentar, la tristeza que vendrá después o, mejor dicho, no hacen otra cosa que poner en claro la diferencia entre esos instantes y el resto de la vida. Un segundo de alegría, la desesperada acción de intentar retener esa leve sensación durante todo el tiempo posible, no hace más que recordarnos lo desgraciadas que son nuestras vidas.

Esos momentos en que obtenemos algo, entonces, y creemos que son los únicos que vale la pena vivir, son, precisamente, los que nos robarán luego la carne y la sangre, los que nos recordarán sin piedad lo cercana que está la muerte todo el tiempo, susurrándonos al oído, aullando infinitamente sobre la conciencia, cortándonos el sueño y silbando, lenta y pausadamente, la misma melodía.

Empecé a sentir frío. Tuve miedo de alguna cosa y por un instante pensé que era una hormiga. Que cualquiera podría venir y pisarme simplementeporque le molestaba, o porque no me había visto. Busqué la luz: traté de escuchar otra vez el sonido de la radio.

Quise recordar en qué lugar estaba, en qué ciudad del fin del mundo.

Oscuro paraíso donde se muere de a sorbos.

Volví a la cama y me tapé hasta el cuello. La abracé y escondí mi cabeza debajo de la suya. Rodeé mi espalda con su brazo. Cerré los ojos. Le pedí muy dulcemente, en el oído, que no se moviera de esa posición en diez o quince años.

Lo importante es encontrar el tono. La manera en que las cosas suceden en nuestros ojos. La mirada personal. Después solamente hay que narrar la vida.

En eso pensé, y así traté de contarle todo a Lalo en el tren a Viena: todo lo que pasó el último día.

Apenas me desperté fui a desayunar. Lo hice solo, porque ella seguía durmiendo. No conté las horas, por supuesto, pero daba la sensación de que llevaba una semana sin dormir. Después, mientras caminaba, se me ocurrió que en realidad es lo que hacen todas las chicas que están tristes y deprimidas y que se han ido de sus casas. Pensé en eso y volví al hotel, con algo de culpa por haberla dejado sola. La encontré llorando, con el maquillaje que le quedaba todo corrido, y cuando entré en seguida vino y me abrazó como si fuera su padre. Apenas era un poco mayor que ella, pero no sé por qué maldita razón creyó que yo era más fuerte, o que podía soportar las cosas de otra manera. Pero quizás así fue.

Logré que dejara de llorar, pero todo el tiempo me decía cosas como "no puedo más" o "si vuelvo me van a internar". La abracé fuerte, traté de cantarle algo, le inventé dos mil historias sobre Lalo, dejándolo como un estúpido nada más que para que ella se riera. No hizo efecto, y otra vez se puso a llorar como si el mundo se hubiera acabado. Yo me volví loco, y mis propios nervios me traicionaron para siempre. No podía soportarla más, y empezaba a angustiarme tanto yo mismo que tuve que huir a la calle.

No sé dónde estuve, y cuando volví ya era tarde. Muy tarde, porque no sólo estaba toda la habitación "inundada" en sangre, sino que sus ojos estaban abiertos. Como un demente, me insulté a mí mismo por haber dejado mi navaja a su alcance hasta que casi me quiebro del dolor. Después junté rápidamente lo que tenía a la vista y bajé las escaleras. *Pagué la cuenta y salí a Berlín.*

Entré a un baño y escribí desesperado: *Benmont Rees: estás bien muerto, tu madre está muerta y ahora yo voy a matar a tu hijo.* Después entré a otro cerca de la estación: *Berlín está muerta, igual que todos sus habitantes.* Luego a otro y otro y otro, hasta que llegué a uno y encontré las palabras que me redimieron:

"Todo lo que huele a mierda
huele a ser.
¿Es Dios un ser?
Si lo es, es una mierda.
Si no lo es,
no existe".

Me puse a pensar en su nombre, pero no lo sabía. Después observé con ternura y apasionamiento las calles de la ciudad. No estaba tan mal, me dije, para no recibir ninguna ayuda de Dios.

Me agaché y besé el suelo. Volví a pararme y traté de no pensar. Después de eso le regalé mi alma a Berlín.

REVELE SUS FOTOS EN CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

Verano/12

AGENDA

MUSICA

• Julio Bocca y Elenora Cassano en *Don Quijote*, con el Ballet Estable del Teatro Argentino de La Plata, dir. por Esmeralda Agoglia. Mañana, el sábado y el domingo a las 21.30, en el Superdomo (Avda. Juan B. Justo y Edison).

• José Larralde, el lunes 21 a las 22 en Teatro Roxy (San Luis 1742).

• Sandro, en *Treinta años de magia*. Mañana y el sábado a las 22 en el Teatro Neptuno (Santa Fe 1753).

• Fabiana Cantilo, el lunes 21 a las 24 en Go! Dance Hall (Constitución 5780).

• Vocal Arsis Nova, hoy a las 22. Bocacalle, mañana a las 22. Coro Kennedy, el sábado y el domingo a las 22. Los Chalchaleros, el lunes 21 y el martes 22 a las 22. Nati Mistral, el miércoles 23 a las 22. Ciclo Música en el Parque, en Villa Victoria (Matheu 1851).

• Roberto Goyeneche, Alba Solís, Cacho Castaña y Silvana Gómez. De jueves a domingo a las 0.30 en Club Fortín de Belgrano (Santa Fe 3245).

• Quinteto de Vientos de la Orquesta Sinfónica Municipal de Mar del Plata, el lunes 21 a las 22. Bristol Jazz Band, el martes 22 a las 22. Lilia Sabitova, primera bailarina del Teatro Bolshoi de Moscú, con el State Theatre Classical Ballet of Russia, el miércoles 23 a las 22. En el Teatro Municipal Colón (Yrigoyen 1665).

• Quinteto de Vientos Municipal, hoy a las 22 en la Sala B. 4+1 La Compañía (music hall), mañana las 0.30 en el Patio. *Living*, con Luis Caro, el sábado a las 22 en el Patio. *Verbena* (revista musical española), con Mario Campana, el domingo a las 22.30 en el Patio. *Del barro al asfalto* (tango), con Julio Fontán, el lunes 21 a las 21.30 en la Sala B. Opus 15 (jazz), el lunes 21 a las 22.30 en el Patio. Perro Negro y Los Cerdos del Camino, el martes 22 a las 20, en el Patio. En el Centro Cultural General Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).

• *Canciones en el espacio*, Grupo Vocal TEV (Taller de Experimentación Vocal), Dir. Luis Otero. En la Cuadrada (9 de Julio y San Luis).

EL OTRO CINE

• *El enigma de Kaspar Hauser*. Dir. Werner Herzog. Con Bruno S. y Brigitte Mira. Hoy a las 21 en el Cine Club Méliès (España 1443).

• *Trailer para amantes de lo prohibido*. Dir. Pedro Almodóvar: Con Bibi Andersen y Josele. *El sol del membrillo*. Dir. Víctor Erice. Con Antonio López y María Moreno (preestrenos): desde hoy hasta el domingo a las 0.30 en la Sala B. Nuevos realizadores británicos: *La sangre de los otros*. Dir. Claude Chabrol. Con Jodie Foster y Sam Neill (preestreno); desde el lunes 21 al miércoles 23 en Ciclo de Cine Arte a Medianoche, en el Centro Cultural Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).

• *Zelig*. Dir. Woody Allen. Con Woody Allen y Mia Farrow. Charla y debate posterior con el público a cargo de Miguel Rep. Ciclo Cine, Escritores y Periodismo. El sábado a las 22 en el Centro Médico (San Luis 1978).

• *Cayo Largo*. Dir. John Huston. Con Humphrey Bogart, Lauren Bacall y Edward Robinson. El miércoles 23 a las 17 en la Sala A. Ciclo Tardes de Biógrafo (Joyas del Cine). En el Centro C. Pueyrredón.

EL OTRO TEATRO

• *El herrero y el diablo*, de Juan C. Gené. Elenco La Barraca del Centro Cultural. Dir. Jorge Laureti. Hoy a las 22, en el Teatro del Patio; miércoles 23 a las 21 en la Sala A del Centro Cultural Gral. Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).

• *Memorial del cordero asesinado*, de Juan C. Gené. Grupo La Granada. Dir. Carlos Owens. Hoy a las 23.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.

• *Viento en popa* (infantil). Grupo Teatrantes. Viernes, sábado y domingo a las 20 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.

• *Malena*, creación colectiva. Mañana y el sábado a las 22.15 en la Sala A del Centro Cultural Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).

• *El perro que los parió recrudece*. Unipersonal de Favio Posca. Mañana y el sábado a las 0.30, en la Sala A del Centro Cultural Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).

• *La noche del gran mentiroso*. Unipersonal con Juan M. Rapaccioli. El domingo a las 0.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.

• *Caras y Cores*. Con Mariela Santarelli y Ana María Cores. Dir. Antonio Ugo. Lunes 21 y martes 22 en la Sala B. Centro C. Pueyrredón.

• *Vestuario de damas*, de Irma Boldi. Dir. Luis Albano. Miércoles 23 a las 21.30 en el Patio. Centro C. Pueyrredón.

• *Casa Matriz*, de Diana Raznovich. Dir.: Roberto Moss. Con Analía Caviglia y Elisa Marval. Desde hoy al domingo, a las 0.30, en Villa Victoria (Matheu 1850).

• *El avaro*, de Molière. Grupo Les Comediens de la Reine. Dir. Joaquín Fermín. Hoy, domingo y martes a las 23; mañana, sábado y lunes a las 21.30. En La Goulue (Patio de la Alianza Francesa, La Rioja 2065).

• *Macbeth*, de Shakespeare. Teatro de la Universidad de Mar del Plata. Dir. Antonio Mónaco. Sábado y domingo a las 22.30 en el Aula Magna Silvia Filler de la Universidad Nacional de Mar del Plata (25 de Mayo y San Luis).

VARIETE

• *Por amor a Mozart*. Virginia Bondone, Jorge Ferrari, Mary Montes y Alberto Verde Maldonado: hoy y el domingo a las 21.30; sábado a las 23. *Francia a cuatro manos*. María Fernanda Núñez y Sebastián Colombo (piano a cuatro manos): el martes a las 21.30. *Aquí vivimos, aquí cantamos (del Barroco a la opereta)*. Claudia Lezcano, Celia Roemer, Virginia Bondone, Mary Morales y Alberto V. Maldonado. Mañana a las 23. En La Goulue (Patio Alianza Francesa, La Rioja 2065).

• *Malvinas, canto al sentimiento de un pueblo*. Grupo Arteón de Rosario, Dir. Néstor Zapata. Música: Litto Nebbia. Diariamente a las 22 en el Teatro Payró (Casino Central). *La Forestal, crónica cantada*. Música: Jorge Cánepa. Textos: Rafael Ielpi. Grupo Nacional de arte Arteón, con dirección de Néstor Zapata. Todos los días a las 23.15 en el Teatro Payró (Casino Central).

• *Carmen*, de Bizet. (Nueva versión-estreno). Con José Carreras y Agnes Baltsa: hoy a las 20. *El murciélago*, de Johann Strauss (nueva versión-estreno). Con Joan Sutherland, Luciano Pavarotti y Marilyn Horne: el domingo a las 20. Octavo Ciclo Estival de Video-Opera. En Salón Rufino Inda (Automóvil Club Argentino, Colón 2450).

PASEOS

El EMTUR (Ente Municipal de Turismo) prosigue con sus "Paseos para la gente inquieta":

• Hoy (de mañana), visita a la Base Naval Mar del Plata.

• Hoy (de mañana), visita a la Estación Terrena de Telecomunicaciones Vía Satélite de Balcarce.

• Hoy (de tarde), visita a la Exposición de Caracoles Arte y Nacar.

• Mañana (tarde), visita al Archivo Histórico Municipal Villa Emilio Mitre.

• Martes (tarde), visita al Museo Municipal de Arte Juan Carlos Castagnino.

• Miércoles (de mañana), visita al Faro Punta Mogotes.• Miércoles (de mañana), visita a la Cooperativa Marplatense de Pesca.

Los interesados deben inscribirse previamente en el EMTUR, diariamente de 7 a 24. Las visitas son de carácter libre y gratuito. Bvard. Marítimo Peralta Ramos 2267.

Micros de excursión (parten desde el EMTUR):

• Circuito Laguna, Quintas y Canteras. Martes, de mañana. Con visita a la Granja La Piedra (entrada 2 pesos).

• Circuito "Descubramos nuestro Puerto". Jueves de mañana. Visita al Museo del Hombre del Puerto Cleto Ciocchini (entrada 2 pesos).

La inscripción para los micros de excursión debe efectuarse con tres días de anticipación.

• *Clases de step en verano*. A cargo de los profesores Oscar Vidal, Liliana Dargam, Pablo Pappalardo, Laura Pertini y Marina Pérez. De lunes a viernes a las 11 en Plaza San Martín (Avda. Luro y San Luis). Libre y gratuito.

• Campeonato Argentino Interclubes de Patín, en la modalidad Ruta (segunda fecha). Hoy, mañana y pasado. Org. Asociación Marplatense de Patín.


Julio Bocca actuará en Mar del Plata viernes,sábado y domingo.